

La chica
que amaba
con el
corazón roto

SERIE BOISSIEU 1

ANDREA CANNELLE

© Andrea Cannelle

Primera edición: marzo 2025

Maquetación hecha por: Andrea Canela

Corrección hecha por: Andrea Canela

Ilustración de la portada e interiores hechas por: Ana Espí

ISBN: 9798306704906

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción parcial o total de esta obra ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro) sin el permiso previo del autor.

*A mis padres, por creer en mí
incluso cuando ni yo misma lo hacía.
Y a ti, mi vida, por hacerme amar a pesar de
tener el corazón roto.*

Nota de la autora

Este libro es el primero de una serie. Cada libro es autoconclusivo y se puede leer de forma independiente, pero recomiendo leerlos según el orden de publicación, ya que, aunque son historias independientes, están relacionadas entre sí y al leerlas en orden se comprende mucho mejor ciertas escenas o comportamientos de los personajes.

A pesar de estar inspirada en la realidad, esta novela es una obra de ficción, por lo que me he tomado muchas libertades a la hora de hablar sobre la ciudad, las costumbres del sitio, etc.

Advertencia: Esta novela menciona (aunque de forma muy superficial y solo en algunos capítulos) temas delicados, como el maltrato.

Espero que disfrutes de la lectura.



PREFACIO

Janelle observó por última vez el candado que tenía grabado sus nombres y que ambos cerraron juntos entre la gran multitud, sellando de aquella forma su amor. Miró por última vez al resto de personas que cruzaban por el Pont des Arts, y finalmente decidió abrir la caja que tenía justo en sus pies, frente al candado.

Suspiró cuando la tuvo entre sus manos y comenzó a romper el papel de regalo con el que estaba envuelta. Cuando terminó de hacer aquello, la abrió, encontrándose con un libro, que agarró entre sus manos, dejando caer la caja al suelo.

Era un libro de tamaño mediano, pero bastante grueso, pues estaba compuesto por muchísimas hojas. Su portada estaba impresa en tonos pastel, con una foto de una chica de espaldas

con el pelo al viento, completamente alborotado. Se dejaba entrever por el fondo que la historia estaba relacionada con Francia.

En el centro, había un gran letrero con el título **La chica que amaba con el corazón roto**. Y justo debajo, su nombre: *Eric Brown*.

Las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas. No supo reaccionar de otra forma hasta que abrió el libro, pasó unas cuantas páginas, y se encontró con el prefacio de la historia.

Ella no era como las demás.

Oh, realmente no lo era.

La forma en la que echaba su cabello hacia atrás cuando los mechones empezaban a estorbar por su cara. La manera que tenía de caminar, meciendo las caderas ligeramente hacia los lados sin ser consciente de que se convertía en el centro de atención por esto. El modo en que cruzaba sus brazos cada vez que cogía algún berrinche por alguna tontería. La manera en que hacía un pequeño puchero con su labio inferior cada vez que quería conseguir algo.

Sus ojos te hipnotizaban, hasta el punto de atraparte con aquella mirada color café, que llegaba a hacerte sentir tantas cosas que nunca antes habías experimentado.

Sus labios se movían con delicadeza al hablar, dejándole pronunciar cada palabra correctamente, pero a la vez moviéndose de una forma irresistible para mí.

La fuerte melodía de su risa era capaz de trasladarte a otro planeta, y sus besos te hacían sentir que tocabas el cielo con la punta de los dedos.

Ella era capaz de sacar el lado bueno de las personas, de hacerte sentir bien, de hacerte sentir libre.

Ella era inocente y juvenil como la primavera, cálida como el verano, entrañable como el otoño, pero también fría como el invierno.

Su apariencia era seria, introvertida, insegura de sí misma, callada y dura. Pero su interior era débil, tan débil que los pedazos rotos de su interior podían romperse aún más en cualquier momento.

Era frágil, tan frágil como un vaso de cristal cayendo al suelo.

Era dulce, tanto como el gusto de un caramelo al saborearlo.

Y era fuerte. Tan fuerte, que amaba con el corazón roto.

Agarró el libro con una de sus manos y, con la otra, se secó todas las lágrimas que pudo. Lo volvió a sujetar bien y al moverlo, una nota cayó del interior.

Esta copia de mi libro es para ti. Quiero que lo leas una y otra vez, reviviendo nuestra historia y sintiendo cada una de las cosas que yo sentí por ti y no siempre pude demostrarte.

Y te preguntarás... ¿No podías encontrar un mejor sitio para dejar mi regalo, que frente al candado que dejamos en el Pont des Arts?

No.

¿Y sabes por qué? Porque en aquel candado grabamos nuestros nombres, pero en el puente se quedó grabada nuestra historia.

Felices veintidós, petite.



CAPÍTULO 1

Eric

Me encuentro esquivando a la gran multitud de personas que hay, cruzando de una dirección a otra, el aeropuerto de Charles de Gaulle.

Freno durante algunos segundos, el tiempo justo para poder agarrar mejor mi gran maleta y darle un pequeño impulso a la caja de cartón, para justo después dejarla de nuevo entre mi brazo libre y mi pecho.

Me empiezo a agobiar un poco cuando tengo que soportar una ola de franceses que me empujan como si el avión fuese a despegar sin ellos. Pero sigo caminando, esquivando algún que otro choque, y observando a cada una de las personas con las que me cruzo, mientras camino lo más rápido posible.

Algunos están simplemente sentados con sus respectivas familias o amigos, esperando a que salga su vuelo o llegue el que están a punto de coger.

En mi cabeza todo es puro silencio, sin contar con el gran barullo de personas que murmuran a mi alrededor o hablan por megafonía.

Por fin consigo atravesar todo el aeropuerto. Me ha costado un buen rato y más de un empujón, pero se podría decir que estoy a punto de comenzar mi aventura. Sonríó al ver a una familia recibir a un muchacho en la puerta del aeropuerto. Supongo que la pareja más mayor que lo abraza con fuerza serán sus padres, y la verdad es que no puedo evitar sentir añoranza y tristeza ante tal escena.

Sería capaz de dar cualquier cosa por vivir un momento así con los míos. Pero eso es imposible. Nunca hemos tenido una relación cercana y, mucho menos, después de *lo que pasó*.

Intento alejar de mí cualquier pensamiento relacionado con mi familia y sigo el camino, intentando no distraerme más, para poder llegar lo antes posible a la estación de autobuses más cercana.

No quiero que se me haga demasiado tarde antes de llegar a la que pronto será mi nueva casa durante los próximos meses.

Después de un rato caminando, llego a la estación de autobuses y pido un pasaje para Chartres. Cuando lo tengo entre mis manos, doy media vuelta y comienzo a caminar hacia la salida, con la esperanza de encontrar algún banco libre en el que sentarme mientras espero a que llegue el autobús.

Entro en un pequeño autoservicio que hay en la propia estación. Tan solo quiero comprar una botella de agua. Pero en cuanto mi mirada se desvía a la comida, mi estómago comienza a quejarse por la falta de alimento, así que acabo comprando algo para picar en el camino.

Al salir, todos los asientos de los bancos están ocupados, por lo que me toca esperar de pie hasta que el autobús llega.

Genial, todo parece irme sobre ruedas hoy.

Espero a que el resto de las personas que estaban antes que yo, dejen sus maletas y se suban con toda la tranquilidad del mundo.

Cuando llega mi turno, hago lo mismo con la mía, y me dirijo hacia la puerta del autobús. Estoy a punto de subir el primer

escalón, cuando quedo encajado en la puerta con otro cuerpo que también lucha por conseguir lo mismo.

Dirijo mi mirada hacia la pequeña figura, y me encuentro con una chica que me mira con cara de pocos amigos. «*Que se fastidie*», es lo único que pienso antes de terminar de subir los últimos dos escalones que me quedan hasta por fin estar dentro del autobús, dejándola atrás y seguramente con algo de molestia en el brazo por el roce. Estoy demasiado cansado y lo único que quiero es llegar ya a mi nueva casa y descansar, pues sé que mañana me espera un día muy largo.

Pago el dinero suficiente por mi pasaje, y echo un vistazo al interior del autobús, buscando algún sitio libre con la mirada. Sonrío al encontrar uno al fondo, ya era hora de que me tocara tener algo de suerte hoy.

Pero no, obviamente no iba a tener esa dicha. Prácticamente se me borra la sonrisa de la cara cuando veo a la estúpida niña de antes mirando hacia el mismo sitio.

Es el único que queda libre, y no voy a quedarme de nuevo de pie, así que lo único que me queda es llegar antes que ella. No puede ser tan difícil, ¿no?

Así que prácticamente corro lo más rápido que puedo hasta el sitio y me siento con una gran sonrisa satisfactoria en mi rostro.

El sitio es mío. Por fin algo de suerte hoy.

—Hein! J'avais vu ce site tout d'abord.

Se lleva ambas manos a las caderas y frunce el entrecejo, tanto, que se le arruga casi toda la cara, mientras me mira fijamente. Es muy graciosa, y a mí me sale una carcajada.

—¿Acaso me ves cara de chino? —pregunto en tono burlón alzando una ceja—. No te entiendo.

—Encima británico. —La chica suspira y niega con la cabeza—. ¿En serio no sabes hablar francés? —Niego con la cabeza sonriente. El trayecto parece largo y yo estoy un poco aburrido, así que vamos a entretenernos—. ¿A quién se le ocurre venir a Francia sin saber hablar francés?

—Ah, ¿es que eso era francés? Si parecía que estabas hablando alemán.

—Voy a ignorar la estupidez que acabas de soltar para decirte muy

amablemente que este sitio era mío.

Sonríó ampliamente, y luego miro a ambos lados de mi sitio, levanto un poco el culo y sigo buscando por todas partes, haciéndola bufar y a mí sonreír más.

—¿Qué haces? —me pregunta ahora de brazos cruzados y con una ceja alzada, clavándome sus penetrantes ojos color marrón en los míos.

—Buscar tu nombre por alguna parte, pero no lo encuentro — respondo encogiéndome de hombros, y vuelvo a sonreír. No puedo evitarlo, de verdad. Y no sé por qué, pero verla tan enfadada, solo me hace querer molestarla más.

—Venga ya... ¡Si has visto desde que hemos entrado que había fichado este asiento desde lejos!

—Una lástima que te pese tanto el culo y yo me haya sentado antes que tú.

—Pero soy una chica...

—No estamos en el siglo XX. Soy un tío, me he sentado primero y mi culo necesita descansar. Búscate otro sitio y déjame en paz.

Pienso que me va a dejar por fin tranquilo, pero no, no lo hace.

Echa un vistazo rápido al resto del autobús, y comprueba que todos los sitios están ocupados, e incluso hay algunas personas de pie que se han sumado al trayecto mientras ambos discutíamos.

—Pero no hay ningún otro sitio libre.

Hace un pequeño puchero y me quedo durante algunos segundos mirando fijamente su labio inferior. Carnoso, rosado y apetecible.

—Este es un claro ejemplo de lo dura que es la vida —me limito a contestar.

—Eres un imbécil.

—La que no sabía hablar.

—Eres tú el que no sabe hablar ¡Ni siquiera sé qué hago hablando contigo!

—Estábamos hablando de por qué eres tan molesta que quieres quedarte con el sitio que yo vi primero.

—Técnicamente lo vimos a la vez.

—Pero yo llegué antes. Y si no me equivoco, quien está sentado ahora mismo soy yo, y así va a ser hasta que me baje de

este maldito autobús. Ahora, si no te importa... —Abro mi mochila ante su mirada expectante, y saco el libro que empecé en el avión—. Déjame en paz, me gusta leer en silencio.

—Tranquilo, no quiero compartir ni un segundo más de mi preciado tiempo contigo. ¡Imbécil!

Me quedo embobado mirando cómo su pequeña figura se cuela entre las personas que están de pie por falta de asiento, y de nuevo, me vuelvo a sorprender al encontrarme sonriendo.

Me adentro demasiado en el thriller que estoy leyendo, tanto, que pierdo la noción del tiempo e incluso estoy a punto de pasar mi parada. Por suerte, antes de que ocurra, guardo el libro y me levanto rápidamente del asiento.

Esquivo a las pocas personas que quedan todavía en el autobús y que están esperando para salir, y de nuevo mi mirada se cruza con unos ojos de color marrón, enmarcados por unas cejas grandes, que de nuevo se fruncen al verme a su lado. Los dos estamos esperando para salir del autobús.

Una vez que las puertas están abiertas, ambos salimos, esta vez sin pelearnos por quién lo consigue primero.

Saco la caja de cartón en la que llevo algunas de mis cosas y, cuando ya estoy cerca de agarrar mi maleta, mis manos hacen contacto con otras más pequeñas y suaves, provocándome un pequeño y extraño escalofrío por todo el cuerpo, así que intento apartarlas enseguida de mí.

—¿Es que no te cansas de seguirme?

—El que debería estar cansado eres tú, pero de ser un imbécil.

—Eres demasiado pequeña para decir palabras feas.

—Lo dices como si tuviera doce años.

Se cruza de brazos y vuelve a fruncir el ceño. La verdad es que está muy mona cuando lo hace.

—Ah, perdona. ¿Cuántos tienes? ¿Trece?

—¿Podéis discutir en otra parte? Tenemos prisa en coger nuestras cosas antes de que el autobús se vaya —se queja una de las personas que nos había acompañado durante el trayecto. Lo cierto es que estamos impidiendo el paso. Así que, terminamos de coger nuestras cosas en silencio, y nos apartamos del resto.

—No tengo trece años y no soy ninguna niña.

Sonríó al ver que tengo una acompañante siguiéndome en el camino.

—Perdona, me despistó que tengas una tabla de planchar por cuerpo —le digo en tono de burla.

Quizás me he pasado un poco, ¿no? Suelo hacer comentarios ridículos cada vez que abro la boca y la acabo cagando, justo como ahora. Pero no me gusta meterme con el físico de los demás, y menos con el de ninguna chica. Pero no sé por qué, esta chica tiene un magnetismo que me provoca enfadarla.

Me giro al ver que ha dado un par de pasos hacia adelante y que se ha quedado quieta en el mismo sitio, con la boca abierta, y los brazos cruzados contra el pecho.

—Eso ha sido un golpe bajo —me dice ya algo frustrada—. Deberías cortarte el pelo antes de meterte conmigo. —Empieza a mover muy rápido las manos en el aire señalando mi larga melena.

La miro con la boca abierta y luego sonrío. Esa no me la esperaba.

Me ha costado mucho dejarme crecer tanto el pelo, y ahora lo tengo por los hombros, con algunos rizos y con la suavidad que

la mascarilla que me regaló hace un tiempo Liam, mi mejor amigo, le proporciona a mi preciosa cabellera. *¿Quién dice que los hombres no utilizan mascarillas para el pelo?*

—En serio, no es mi culpa que seas una tabla de planchar. ¿Has pensado en ponerte pecho? O subirte el culo, lo tienes un poco caído.

—Tú, sin embargo, tienes el pelo tan feo y largo que pareces una chica. ¿Has pensado en cortártelo? —pregunta sonriendo, antes de agarrar su maleta y comenzar a caminar—. Espero no tener que volver a verte jamás.

—Lo mismo digo —contesto, lo suficientemente alto para que me oiga a pesar de que ya se ha alejado bastante—. Un placer conocerte.



Definitivamente los franceses son muy raros.

Nada más llegar a un país y una ciudad que hasta ahora desconocía, me encuentro con una niña loca que no me ha dejado en paz. Intentó quitarme mi sitio, subir antes que yo, coger a la vez que yo la maleta, molestarme, meterse con mi pelo, volver a

molestarme... Solo espero que mi estancia aquí no sea así de abrumadora siempre.

Lo único que busco es algo de tranquilidad y de inspiración, solo quiero huir de mi mundo unos meses, lo necesito. Y qué mejor forma de hacerlo que empezando de cero en un lugar que no conozco. Pensaba que quizás, al estar viajando de un lado a otro, o simplemente alejado de todo el estrés que tengo en mi vida, sería capaz de encontrar algo que me inspirase a escribir una nueva historia.

Después del casi fracaso que tuvo mi último libro, estaba decidido a escribir una historia que fascinase a la editorial que, a pesar de todo, había vuelto a confiar en mí y me había dado una nueva oportunidad que, esta vez, no puedo desperdiciar.

He estado viajando por varias ciudades de Europa, pero, aunque tengo algunos escritos nuevos en el ordenador y, alguna que otra idea rondándome por la cabeza, nada llega a ser tan bueno como para escribir una historia que pueda enganchar al lector, o al menos, que a mí me guste lo suficiente como para presentarla.

Francia es mi último destino antes de volver a Londres y darme por vencido. Liam, mi mejor amigo, me dijo que era el

destino perfecto para escribir una historia de amor, algo nuevo y diferente a lo que tenía acostumbrados a mis lectores a recibir por mi parte...

París, la ciudad del amor, chicas guapas, unos meses de relax y desconexión, «*¿qué podría salirme mal?*» Según él, es el destino perfecto.

Y ahora, por su culpa, me encuentro desde hace ya un buen rato dando vueltas sobre un mismo sitio, intentando encontrar la maldita casa en la que me quedaré todo este tiempo.

Al parecer, hay un grupo de personas que ofrecen su casa a algunos estudiantes o gente que necesita quedarse en la ciudad durante un periodo corto de tiempo. Liam se ha encargado de todo y yo, como un tonto, he confiado en él y en sus contactos para poder conseguir una casa aquí.

Me pareció raro en su momento tener que pagarles por adelantado todo el dinero y que durante el día de hoy no me hayan contestado ningún mensaje, pero, aun así, aquí sigo, buscando la maldita casa.

Liam no contesta mis llamadas, me he pasado toda la tarde en busca de la casa, y he tenido que recorrer la ciudad de Chartres

prácticamente de una esquina a otra. Pero la casa de las narices no aparece por ningún lado.

Vuelvo a agarrar mis cosas y sigo caminando, entrando en una pequeña urbanización. Según me indica *Google Maps*, voy por buen camino.

Cruzo algunas calles hasta que llego a una que está más o menos por el centro. En esta zona, todas son casas rurales de madera bastante grandes, cada una con un pequeño porche, un garaje y un pequeño aparcamiento al aire libre.

Sonríó mientras me detengo a admirar lo preciosas que están las casas cubiertas por una ligera y fina capa de nieve. Gracias a Dios, voy lo suficientemente abrigado como para perderme por décima vez durante la tarde, pero, aun así, sigue haciendo el frío propio de enero en la zona.

Pero justo cuando la fría brisa vuelve a hacer contacto con mi cara, empiezo a pensar que, o soy demasiado torpe y no encuentro la casa, o me han estafado.

Y Eric vota por la segunda opción.

Mi querido *Google Maps* me saca de mis pensamientos en cuanto estoy parado frente a una de las casas, avisándome que

por fin he llegado a mi destino. Guardo mi teléfono en uno de mis bolsillos y abro con cuidado la puerta del porche. Entro, cierro la pequeña puerta, y me dirijo hacia la casa.

Dejo la caja de cartón en el suelo, justo al lado de mi maleta, me froto las manos para calentarlas un poco, y toco el timbre. Nadie responde, pero las luces están encendidas, por lo que decido tocar de nuevo, esta vez, dejando mi dedo pulsado sobre el timbre.

Seguramente, el sonido dentro debe ser bastante desagradable.

Pero la verdad es que me da igual quedar mal con ellos. Han estado pasando de mí durante todo el día, casi dejándome solo en la calle y tocándome de una forma bastante seria las narices.

Tengo hambre y frío, así que ahora se las voy a tocar yo a ellos.

—¡Que ya va! —Una voz chillona grita desde el interior de la casa.

Dejo de pulsar el timbre y me aclaro la garganta. Esperaba encontrarme con una pareja de ancianos, pero al parecer me espera un bomboncito en casa.

Segundos después la puerta se abre, dejándome ver a la chica molesta con cuerpo de tabla, que me mira prácticamente igual de sorprendida que yo a ella, y de nuevo, está frunciendo el ceño.

¿Será un tic que tiene?

Sonríó al echarle un pequeño vistazo de arriba abajo, y comprobar que lleva puesto una sudadera que le queda enorme, y que su pelo está mojado y suelto. Seguramente estaba en la ducha y por eso tardaba tanto en abrirme. Solo por las vistas que me está regalando en estos momentos, se lo perdono.

Y mirándola bien... Quizás la niña molesta no esté tan mal después de todo.

**¡Continúa leyendo y no te quedes sin tu
ejemplar!**

**Compra tu ejemplar en Amazon o reserva
en www.andreacannelle.com**